



/a/

—¿Cómo están vuestros filetes esta noche?

—Nuestros filetes están, señor, si puedo decirlo, sencillamente magníficos. Sólo los cortes de ternera más selectos, cuidadosamente seleccionados e incluso más cuidadosamente madurados, cocinados a la perfección si definimos perfección según sus preferencias, servidos con las patatas y verduras de su elección más un postre francamente delicioso.

—Suena como para chuparse los dedos.

—Sí.

—Tomaré nueve.

—¿Perdone?

—Tráeme nueve filetes, por favor.

—¿Quiere *nueve* filetes para cenar?

—Por favor.

—¿Y quién, señor, si puedo preguntarlo, va a comérselos?

—¿Ves a alguien más aquí sentado? Voy a comérmelos yo.

—¿Y cómo diantres va a hacer eso, señor?

—Bueno, mira, veamos, creo que esta noche usaré mi mano derecha para cortarlos. Me meteré los trozos en la boca, los masticaré, los elementos ácidos de mi saliva comenzarán a descompo-

ner la fibra muscular. Me los tragaré. Etcétera. ¡Haz que me los traigan!

—Señor, nueve filetes pondrían enfermo a cualquiera.

—Mírame. Mira este estómago. ¿Crees que me pondré enfermo? De ningún modo. Ven aquí. No, en serio, acércate y mira este estómago. Deja que me levante la camisa... aquí. ¿Ves cuánto puedo agarrar con la mano? Casi no puedo acercarme a la mesa. ¿Habías visto antes algo tan tremendamente repugnante en toda tu vida?

—He visto estómagos más grandes.

—Sólo estás siendo educado, lo único que quieres es una propina. Tendrás tu propina, después de que me hayas traído nueve filetes para cenar, con una definición de perfección de en su punto, lo que quiere decir que todavía se vea rosada. Y no olvides los panecillos.

—Señor, eso está simplemente más allá del ámbito de mi experiencia. Nunca le he servido a una sola persona nueve menús simultáneos bajo mi responsabilidad. Podría meterme en un problema horrible. ¿Qué pasa si, por ejemplo, tuviera usted una embolia, Dios no lo permita? Sus órganos podrían reventar.

—¿No te dije que me miraras? ¿No te he dicho lo que soy? Escúchame con mucha atención. Soy obeso, grotesco, despilfarrador, glotón, devorador compulsivo, un *puerco* insaciable. ¿No está eso claro? Soy más porcino que humano. Hay espacio suficiente, espacio físico, para *ti* en mi estómago. ¿Lo oyes? Tienes ante ti a un cerdo. A un fanático de la comida de capacidad ilimitada. Tráeme la comida.

—¿No ha comido en mucho tiempo? ¿Se trata de eso?

—Mira, estás empezando a fastidiarme. Podría aporrearte con mi barriga. También soy, permíteme que te lo diga, una persona algo más que acomodada. ¿Ves ese Edificio de allí, el que tiene luz en las ventanas, el que está en la sombra? Ese Edificio es mío. Podría comprar este restaurante y acabar contigo. Podría y quizá lo haga comprar la manzana entera, incluido ese establecimiento de Los Vigilantes del Peso simbólicamente minúsculo que hay cruzando la calle. ¿Lo ves? ¿El de la puerta y las ventanas situadas como para formar una cara sonriente, lasciva y de mejillas hundidas? Mi capacidad financiera me permite comprar ese sitio y llenarlo de filetes, llenarlo de filetes rojos que me comería. En un

escenario así la puerta estaría decorada con un hueso roído; a ningún enano petulante cantor de salmos y con bolsas en la piel, apóstata de la causa de la adiposidad, se le permitiría la entrada. Aporrearían la puerta, sí. Pero el hueso los mantendría a raya. Carecerían de la fibra necesaria para romperlo. Sus bocas y ojos se ensancharían al presionarlos contra el cristal. Demolería, aplastaría físicamente la enorme balanza que hay al final del local brillantemente iluminado en la parte trasera con el peso de un montón de comida. Se le saldrían los muelles. Qué serie más deliciosa de pensamientos. ¿Puedo ver la carta de vinos?

—¿Los Vigilantes del Peso?

—*Garçon*, lo que tienes delante es una cosa peligrosa, te lo advierto. Los seres humanos actúan en su propio interés. Los cerdos enormes y locos no. Mi esposa me informó hace cierto período de tiempo de que si no perdía peso, me dejaría. No he perdido peso, en realidad he ganado peso, y por tanto ella se ha ido. D.E.P. Y de primera, no olvides que sea de primera calidad.

—Pero, señor, seguramente con más tiempo...

—Ya no hay tiempo. El tiempo no existe. Me lo comí. Está aquí, ¿ves? ¿Ves cómo se menea? Eso es el tiempo, meneándose. ¡Corre, huye, tráeme mi fuente de grasa, mis nueve vacas, o te pegaré un gancho en la barbilla que te estamparé contra la pared!

—¿Puedo traer al *maître*, señor? ¿Para consultarle?

—Venga, tráelo. Pero avísale de que no se acerque demasiado. O me lo tragaré en el acto, antes de que tenga tiempo de chillar. Esta noche voy a comer. Brutalmente y solo. Porque ahora estoy brutalmente solo. Voy a comer y el jugo bien podría saltar a chorros a mi alrededor, y si alguien se acerca demasiado le soltaré un gruñido y le pincharé con el tenedor, así, ¿ves?

—¡Señor, por favor!

—Corre como si te fuera la vida en ello. Trae algo para que me apacigüe. Voy a crecer y crecer y a llenar el vacío que me rodea con el horror de mi propia presencia gelatinosa. El Yin y el Yang. Siempre creciendo, camarero. ¡Corre!

—¡Ahora mismo, señor!

—Algunos grisines vendrían bien, ¿me oyes? Pero bueno, ¿qué clase de sitio es este?

/b/

—Insisto en que me lo cuentes.

—¿Podrías esperar tan sólo nueve décimas de segundo mientras decido cómo contártelo?

—¿Qué tiene que ver la decisión con esto? Ha pasado algo, y aquí estoy yo, cuéntamelo y *voilà*. Está claro que hay algo que te preocupa.

—Mira, es obvio que voy a contártelo, ¿de acuerdo? Que no te dé un ataque. Es sólo que la cosa que tengo que contarte es, *a*, increíblemente extraña, y ni siquiera la comprendo...

—Pues pongamos nuestros poderes de comprensión al nivel de la cosa, juntos. Después de todo, ¿de quién es el poder de comprensión y persuasión que apaciguó un cabreo potencialmente desastroso de Walinda contigo?

—... y *b*, se trata de algo que se me pidió que no contara, así que tengo que descubrir un modo de contártelo de tal manera que al menos no comprometa mi promesa de no contarlo, y menos aún que provoque que cualquier cosa mala le suceda a la persona a la que le concierne la cosa.

—Claro como el tañido de una campana. Tan claro como el agua de este vaso, Lenore.

—No agites el agua del vaso. Mira, dijiste que en este sitio tenían unos filetes sensacionales, y dijiste que estabas famélico, así que ¿por qué no te concentras en la llegada inminente de tu filete, que creo que viene ahora mismo?

—...

—Esto tiene una pinta estupenda, gracias. Rick, ¿tomaremos vino?

—Sí.

—¿De qué clase?

—...

—¿De qué *clase*?

—...

—Nos tomaríamos una botella del vino de la casa, si ése está bien... Eres un crío. A veces tienes la comprensión y la compasión de un niño pequeñísimo.

—Lenore, es simplemente que te amo. Ya sabes. Cada fibra de mi ser ama cada fibra de tu ser. El pensamiento de tus cosas, de lo

que te concierne, de lo que te preocupa, de eso que no sabes, hace que los ojos me sangren, por dentro.

—Interesante imagen. Anda, prueba tu filete. Dijiste que estabas en situación de comerte un caballo.

—...

—¿Cumple la carne las expectativas?

—Mis expectativas se tambalean bajo la fuerza del impacto. Ahora insisto en que me lo cuentes.

—...

—¿Tiene que ver con tus intentos de llamada al tal Forage mientras yo estaba ocupado evitando que Walinda me obligara a elegir entre sus servicios y los tuyos, aunque a ella la hubiera contratado el propio Frequent? ¿Debería simplemente levantarme e ir a llamar a Forage ahora mismo?

—No está allí. No está aquí.

—...

—Aparentemente está fuera del país, con mi padre.

—Haciendo ¿qué?

—No puedo contártelo.

—¿Este es el mismo «No puedo contártelo», o uno diferente?

—Diferente.

—Profundamente dolido y cabreado, ahora.

—Mira, ¿puedo tan sólo asegurarte que te lo contaré después, y no contártelo ahora, y pensar, y comerme la ensalada? ¿Estaría bien eso? Me quedaré contigo esta noche, es algo que quiero hacer de verdad, aunque le dije a Candy que volvería a casa esta noche y hablaríamos. En realidad necesito tu consejo. El tuyo especialmente, Rick. Sólo tengo que descubrir qué es lo que me está pasando, será un momento, ¿de acuerdo?

—Tiene que ser algo malo de verdad, y tiene que ver con la residencia de ancianos, y nadie ha fallecido.

—Cómete el filete.

—Yo sólo...

—Rick, ¿quién es ese?

—¿Dónde?

—Allí, aquel, en aquella mesa.

—¿No sabes quién es ese?

—No.

—Ese es Norman Bombardini. Nuestro arrendador y compa-

ñero de Edificio, de Bombardini Company y famoso por sus órbitas oculares.

—Es una persona grande.

—Es grande.

—Gigantesco, más bien. ¿Por qué está gruñendo y royendo el borde de la mesa?

—Dios. Lo que sé, que en su mayoría proviene de lo que me cuenta Warshaver en el club, es que no son buenos tiempos para Norman. Problemas con su esposa. Problemas con su salud.

—Parece como si de verdad necesitara perder algo de peso.

—Supongo que está cansado de perderlo y ganarlo a lo largo de los años. Un hombre interesante. Warshaver da a entender que su compañía está a punto de...

—Oh, Dios mío.

—¿Qué?

—Mira lo que le trae el camarero.

—Dios.

—Es imposible que alguien se coma todo eso.

—Pobre Norman.

—Oh, es angustiioso. Al menos podría esperar a que el camarero lo pusiera en la *mesa*.

—Debe de estar verdaderamente hambriento.

—Nadie está tan hambriento. ¿Y no ha intentado morder al camarero? ¿Ha sido eso un intento de mordisco?

—Debe de ser esta luz.

—Se está ensuciando de veras.

—Nunca lo he visto así.

—Está arrojando jugo a la gente de las otras mesas. ¡Esa señora acaba de ponerse la servilleta sobre la cabeza!

—¿Eso es una servilleta? Le sienta bastante bien.

—Eres horrible. Mira, se marchan.

—Bueno, en todo caso parecía como si estuvieran a punto de hacerlo.

—Pues a mí no. Voy a dejar de mirar.

—Probablemente sea lo más acertado.

—...

—...

—Aunque la verdad es que no puedo dejar de oírlo, ¿no?

—Desafortunadamente no.

—Dios, mira eso, se lo ha acabado casi todo. Se ha comido una montaña literal de comida en unos dos minutos.

—Bueno, también hay un montón en el suelo, después de todo.

—Creo que voy a ponerme físicamente enferma.

—Estoy francamente preocupado. Esto casi ha hecho que me olvide de tu actual falta de confianza en mí. Norman no está bien.

—¿Cómo es que nunca lo he visto? Veo su coche todo el tiempo, en ese espacio.

—Creo que hay problemas de tamaño con la puerta delantera. Tiene una entrada especial en el lado este. Un ascensor. Con cables reforzados.

—Guau.

—...

—¿Se lo ha acabado todo? ¿Ha terminado?

—Desde luego se lo está tomando con más calma. Sin embargo creo que le falta algo. ¿Ves de qué modo mira alrededor?

—Dios bendito, Rick, mira el suelo.

—El postre. Eso es lo que se le había perdido. Y aquí llega el camarero.

—Las leyes de la naturaleza sufrirán una violación si se come todo eso y no se muere.

—Lenore, escucha, creo que deberíamos acercarnos y ver si hay algo que podamos hacer.

—¿Bromeas? Creo que aquello de allí es un loco. No creo que se tratara de la luz, creo que realmente intentó morder al camarero. ¿Ves el modo en que el camarero está lanzando los postres hacia la mesa desde una distancia segura?

—Norman está saciado, sin embargo, puedes estar segura. Los postres van a un ritmo normal, más o menos.

—Todavía tienes un montón de tu filete sin terminar.

—El filete esperará. De todas formas, me siento vicariamente atiborrado.

—¿Qué haces? ¿Estás de broma? Tienes que estar bromeando.

—Ven.

—Es un gran error, Rick. No es algo que quiera hacer.

—Ten espíritu deportivo.

—¿Cómo vamos a llegar hasta allí?

—Zigzagueando. Sígueme. Atenta a...

—Lo veo.

—¿Norman?

—¿Quién es este?

—Rick Vigorous, Norman.

—No es buen momento, Vigorous. La bestia se está cebando, como puede comprobar.

—Norman, estábamos en aquella mesa de allí, un poco más allá de las verduras, ¿la ve?

—...

—... Y pensamos en acercarnos para ver si alguna menudencia concreta iba mal, y para presentarle a esta joven dama con la que estoy, que trabaja en el Edificio, y a quien no sé si conoce.

—Creo que no la conozco, no.

—Norman Bombardini, le presento a la señorita Lenore Beadsman, Lenore, el señor Bombardini.

—Encantada de conocerle.

—Beadsman. ¿No tendrá relación con Stonecipher Beadsman, por casualidad?

—Lenore es la hija del señor Beadsman.

—La hija. Interesante. Stoneciphenco Baby Foods. No es mala línea de productos, desde luego. Algo suave y líquida para mi gusto, por supuesto...

—Bueno, en realidad es comida infantil, Norman.

—... pero barco con tormenta en cualquier puerto entra. Por favor, siéntense si lo desean.

—¿Deberíamos?

—Hum...

—Sentémonos.

—Pongan los platos en cualquier sitio. Pronostico que probablemente no querrá sentarse en esa silla de ningún modo, señorita Beadsman.

—La verdad es que no.

—Aquí hay otra.

—...

—Y bien, Norman.

—Supongo que ninguno de los dos querrá un poco de pastel de crema, ¿no?

—No, gracias.

—No, gracias, Norman, de verdad.

—Bueno, eso está bien, porque no les daré. Son míos. Pagué por ellos y son míos.

—Nadie lo duda.

—Diría que reivindica sus derechos con vehemencia.

—Señorita Beadsman, no será usted una de esas chicas valientes, ¿verdad? ¿Una de esas chicas con agallas? Mi mujer tiene agallas. O más bien tenía agallas. Las agallas hacen que me sienta increíblemente voraz, y por tanto representan un riesgo nada insignificante para su poseedor.

—En realidad, Lenore carece relativamente de agallas.

—Gracias, Rick.

—Y bien, Norman. ¿Cómo le van las cosas?

—Las cosas son enormes y grotescas y asquerosas, Vigorous. Seguramente puede comprobarlo.

—Un análisis bastante certero.

—Cuidado, señorita Beadsman. Eso ha sido valiente, en mi opinión.

—Norman, no he podido evitar darme cuenta de que estaba cenando más de lo que parece del todo natural. O saludable.

—Estoy de acuerdo con eso, Vigorous.

—Por lo que presumo que algo sucede.

—Tan astuto como siempre.

—...

—¿Quieren conocer la historia? Me encantará contársela. Creo que ya tengo almacenada la suficiente energía calórica como para sobrevivir al relato. Es corto. Estoy monstruosamente gordo. Soy un glotón. Mi esposa estaba disgustada y asqueada. Me dio seis meses para perder cincuenta kilos. Me apunté a Los Vigilantes del Peso... ¿lo ven ahí, cruzando la calle, esa fachada desolada? Esta tarde se cumplían los seis meses. De modo que hablamos. Había ganado casi treinta kilos en los seis meses. Una barra perdida de Snickers se cayó de la vuelta de mis pantalones y rodó hasta los pies de mi esposa mientras me bajaba de la balanza. La balanza de ahí enfrente es un aparato ingenioso de verdad. Se preprograma el nuevo peso deseado, y si uno lo ha conseguido o se ha quedado por debajo de ese nuevo peso inferior, la balanza estalla en silbidos y ovaciones grabados y en una animada melodía de banda de música. Al parecer, unas banderitas sobresalen por arriba y ondean mecánicamente adelante y atrás. Si fracasas —véase por

ejemplo mi caso— obtienes unas notas flatulentas de una tuba desilusionada y despectiva. Cuando sonaron estas últimas mi esposa se marchó del establecimiento, y me abandonó, del brazo de un esbelto distribuidor de yogurt a quien ahora planeo aplastar, financieramente hablando, será lo primero que haga mañana por la mañana. Señorita Beadsman, encontrará un pastel de crema en el suelo a la izquierda de su silla. Tal vez podría recoger el plato con una mínima pérdida de chocolate y pasármelo.

—...

—Maravilloso.

—Aun así, Norman, sé que es usted un hombre de gran inteligencia. Seguro que una turbulencia con su esposa no es motivo para comer de este modo. Para autodestruirse. Un supuesto fracaso en Los Vigilantes del Peso... ¡al diablo con Los Vigilantes del Peso!

—No, Vigorous, como siempre, no. Esta tarde he comprobado que Los Vigilantes del Peso, y las empresas dietéticas, los libros dietéticos y los cultos dietéticos en general, son cosas casi inconcebiblemente intensas y profundas. Explotan un punto de vista universal con el que descubro que estoy completamente de acuerdo.

—¿Un punto de vista universal? Norman, yo...

—Veo que está usted interesada, señorita Beadsman. ¿Le interesa esto?

—En cierto modo.

—Toda una proeza, imagino, interesar a una chica con agallas y con un cabello con estilo.

—...

—El Yin y el Yang, Vigorous. El Yin y el Yang. El Yo y el Otro.

—...

—Los Vigilantes del Peso tienen como máxima el hecho verdaderamente transparente de que para cada uno de nosotros el universo está intensa y nítida y completamente dividido en por ejemplo mi caso, yo, por un lado, y todos los demás, por el otro. Esto define exhaustivamente todo el universo para cada uno de nosotros, Vigorous. Todo el universo. El Yo y el Otro.

—No me suena polémico, Norman.

—Sí, y además no es sólo que cada uno de nuestros universos tenga esta característica, sino que somos por naturaleza y sin ex-

cepción *conscientes* del hecho de que el universo está dividido así, en el Yo, por un lado, y en el Otro, por el otro. Exhaustivamente dividido. Es parte de nuestra consciencia.

—Okey, recibido.

—Y ellos van y sostienen como axioma *prescriptivo* la verdad asimismo indudable y el hecho indiscutible de que cada uno de nosotros debería desear que nuestro propio universo estuviera tan *lleno* como fuera posible, que el Gran Horror consiste en un universo personal totalmente vacío, en el que uno se encuentra a sí mismo con el Yo, por un lado, y con vastos espacios vacíos y solitarios antes de que los Otros empiecen siquiera a entrar en escena, por el otro. Un universo no-lleno. Soledad, Vigorous. Los Vigilantes del Peso se ven a sí mismos como guerreros en la gran guerra contra la soledad. ¿No es eso noble? Un momento. ¡Eh, tú, camarero! ¡No diría que no a un cóctel de menta, ya sabes! ¡No dudes en traer unos cuantos! Perdóñenme. Soledad. Equilibrio. Cuanto más vacío está nuestro universo, peor es. Seguro que en esto estamos de acuerdo. ¿No están de acuerdo en esto?

—...

—...

—Ahora bien, Los Vigilantes del Peso perciben que el problema radica en la necesidad de tener a tantos Otros alrededor como sea posible, para que la relación vaya desde un mínimo, Yo, hasta un máximo, Otros. Lo que resulta válido aunque, como hemos visto esta tarde, no implica que sea la única forma de atacar el problema. ¿Me sigue, Vigorous?

—Bueno, seguir es algo...

—Lo cierto es que no puede importarme menos. Un universo lleno, Vigorous, señorita Beadsman. Que cada uno de nosotros necesita un universo lleno. Los Vigilantes del Peso y sus aliados harían que el componente Yo del universo decreciera sistemáticamente, para que el gran conjunto de los Otros se sintieran físicamente atraídos hacia el ahora físicamente más atractivo Yo, y se precipitaran a llenar el agujero causado por la disminución del Yo. Ciertamente el razonamiento no es incorrecto, pero es igual de cierto que se trata de sólo la *mitad* del rango de soluciones válidas para el problema de los universos llenos. ¿Es lógico mi razonamiento? Igual que en la ingeniería genética, Vigorous. Siempre hay más de una solución.

—Creo que yo...

—Un universo lleno y autónomo, Vigorous. Un universo lleno y autónomo, señorita Beadsman.

—¿Qué hago con estos cócteles, los dejo aquí?

—Yo me los serviré, gracias. Más que reducir el Yo para atraer al Otro y llenar nuestro universo, obviamente podemos también, por supuesto, elegir llenar el universo con el Yo.

—¿Quiere decir...?

—Sí. Tengo planeado crecer hasta un tamaño infinito.

—¿Recuerdo haber dicho gran error? ¿Hice mención de suelos que no estaban completamente llenos?

—Lenore, por favor. Norman, amigo, en serio. Una visión del universo es una cosa. Pero nadie puede crecer hasta un tamaño infinito.

—¿Lo ha intentado alguien antes?

—Que yo sepa, no, pero...

—Entonces tenga la amabilidad de no dar pábulo al fracaso hasta que yo lo haya intentado. Tampoco ha sido nadie capaz hasta ahora de darle vida a la mantequilla, pero...

—¿Qué quiere decir?

—Nada. No haga caso. Un lapsus de la lengua.

—...

—Sí, y esta noche comienza el Proyecto Yang Total. Voy a crecer y crecer y crecer. Por supuesto al final llegará un momento en el que no haya sitio en el universo para nadie más en absoluto, lo que además me temo que les implicará a ustedes dos, algo por lo que me disculpo, pero digamos también que mala suerte.

—De verdad, he disfrutado un montón, tenemos que repetirlo. Ahora mejor nos vamos, mi ensalada está atrayendo a las moscas, puedo verlas.

—Tiene una pinta riquísima.

—Desafortunadamente aún es mía y no parte del universo, al menos temporalmente. Rick, ¿tenemos que vadear todo esto para volver...?

—Norman, simplemente no sería honesto si no dijera que por encima de todo estoy preocupado por usted, por su horizonte emocional, dado lo que me ha contado de su día de hoy, con sus tensiones correspondientes.

—Al final no será un horizonte sino todo lo contrario. Sólo

espero poder aplastar financieramente a ese distribuidor de yogurt antes de que dejen de existir diferencias significativas entre él y yo. Los cócteles de menta que sirven aquí son particularmente buenos. Tal vez les apetezca tomarse uno.

—...

—...

—Muy bien. Por supuesto otra de las ventajas de mi enfoque del problema del Yin y el Yang es que la dieta se convierte en lo peor. Las dietas me ponen enfermizamente enfadado con casi todo. Las dietas hacen que quiera asesinar a todo el que me rodea.

—En lugar de simplemente apropiarse de su espacio.

—No es usted condescendiente, ¿eh? Más bien como su padre. Su padre le da una paliza a una miserable zanahoria. Por supuesto podría dejar pequeñas esquinas del universo sin rellenar para aquellos que despertaran sentimientos de afecto y amor en mí.

—Probablemente volveré con usted si las cosas comienzan a aglomerarse.

—Norman, amigo, sepa que estoy cerca y disponible siempre que quiera hablar, no diré que para darle a la sin hueso, o si lo único que quiere es tener cerca a un colega. Estaré por aquí, Norman.

—Al menos temporalmente.

—Lenore, *por favor*.

—Señorita Beadsman, está empezando a gustarme, a menos que se trate simplemente de la comparación inevitablemente favorable de cualquiera con Vigorous. ¿Ha tenido alguna vez relaciones con alguien que en breve tendrá un tamaño infinito?

—Con eso último, creo que me iré ahora mismo... ¿Rick?

—De acuerdo. ¿Norman?

—Adiós, Vigorous. Disfrute de ese Yo mientras pueda.

—Creo que la misma ruta de vuelta sería...

—No hay problema.

—¿Nos lo terminamos? ¿Tienes hambre?

—¿Bromeas? Vayámonos. Llévame, y me daré una ducha rápida y cogeré algunas cosas e intentaré que Candy me lleve, y tú puedes traerme de vuelta por la mañana. No me siento con ganas de apretarme en mi coche esta noche.

—De acuerdo. Por supuesto aún queda la cuestión de que no me has contado la cosa importante.

—Contar contar contar.

- Podría llamar a Vern Raring a la centralita y ver si él la sabe.
- Será un milagro si consigues contactar con él en lugar de con Enrique el de los quesos.
- Las líneas. Lo olvidé. Walinda estaba lívida. Estoy seguro de que seguirá igual durante todo un día, y como mientras estarás preocupada por cosas inexpresables, etcétera.
- La perversidad de este día ha sido enorme.
- Mientras duró.
- No tiene gracia. Ese hombre se está balanceando de un lado a otro.
- Bueno, mira, intenta marcharse.
- No envidio ni una pizca a ese camarero.
- Apostaría a que la cuenta será una barbaridad.
- Seguro que nunca aparcaré en su espacio.
- Por aquí, permíteme.
- ...